

---

«Se ha vuelto loco», dijo su portera al verle salir, cabizbajo y ensimismado, con la apariencia esquiva y el caminar acelerado de un hombre que ha contraído deudas imposibles de pagar. «Está siempre solo», añadió con enorme disgusto la dichosa portera, para después forzar una pausa que presagiaba un juicio definitivo, «... y sin embargo, a veces se le ve estúpidamente contento, y además, ya sólo habla de amor».

La vecina, siempre hay alguna vecina, asintió con la cabeza, aunque no tenía el menor interés en el asunto.

A él, por otro lado, no podía preocuparle menos la opinión de su portera, estaba ya pensando en comprarse un traje nuevo. Un traje elegante y oscuro. Estaba muerto por fuera y por dentro pero su vanidad seguía casi intacta. ¿No caen así los soldados? Llevaba demasiados años condenado a los mismos cuatro trajes y si su aspecto no era mejor, la culpa la tenía sin duda su tristísimo ropero. Esa misma tarde pensaba llevar a una mujer muy hermosa a una fiesta muy alegre en la Embajada suiza, y sus trajes no estaban a la altura de las circunstancias. Todas las mujeres a las que alguna vez había querido vestían, en cambio, de maravilla y daba gusto verlas.

Sebastián no es muy feliz, hay un poema de Blake que le inquieta, pero a veces, al mediodía, se siente extrañamente alegre y sonrío sin motivo, como si no tuviera muchas preocupaciones, y es cierto que sólo habla de amor, pero no se ha vuelto loco. ¡De qué otra cosa podría hablar!

Tiene en estos días, o eso quiere pensar, la remota elegancia de los mendigos. No es un mendigo porque no pide nada a nadie, pero está a punto de abandonar la causa general, el correo electrónico, las efemérides, la vida social, el mundo y sus porteras. Se atusa el pelo con las manos, y enseguida se pone a pensar en cosas importantes. ¿Importantes para quién? Importantes para él, faltaría más. Si está desconsolado es cosa suya, si quiere amar a quien ya no se deja amar, a nadie debería importarle. Si su amor es o no sincero, o lo fue en el pasado, ¿quién puede decirlo? Desde luego no las porteras o las vecinas de su barrio. Si se ríen de él, que se ríen. A veces mira a las mujeres con un amor verdadero que aparentemente no dura nada. Y luego se esconde, y a escondidas, las ama en silencio y para siempre.

En las calles no hay más que una mujer para él, pero se guardará muy mucho de decir su nombre, tal vez porque ya le mandó rosas, sin suerte, así que se dedica a mirar con devoción a perfectas extrañas. No hay nada mejor que pasear entre las cosas de las mujeres para respirar siquiera por un instante las pocas promesas que ofrecen los días. Se dedica a observar a las mujeres y carece de cualquier otra fe. Así se le pasan más ligeras las tardes. No hay detalle que se le escape, y reconoce los zapatos de todas las muchachas porque está iniciado en los misterios de la moda. No es que se

dedique a eso, es tan sólo un pasatiempo. Conoce bien sus Jimmy Choo, sus Marc Jacobs, no hay H&M que se la dé, ni Prada que no identifique. Es un halcón para las buenas hechuras, los ritmos exactos y los cortes sinceros. En su demencia ha encontrado cierta paz para su alma en las tiendas de *vintage*, en los vestidos que han llevado dos mujeres distintas por idénticas razones. Saint Laurent, Lanvin, Courrèges... Quisiera darles las gracias a todos por arropar con tanto respeto y audacia los sueños de las damas. No es Coco Chanel, pero no le falta gusto. Tampoco está pez en patronaje, lo que le llena de orgullo porque sabe que no hay muchos hombres que puedan presumir de tales conocimientos. No es raro verle merodeando en las secciones de complementos, cosméticos y perfumes de los grandes almacenes. Le importa saber a qué huelen las mujeres y por qué. Las preocupaciones de las mujeres, por nimias que sean, son también las suyas. Dries van Noten, Martin Margiela y el resto de los magos belgas de la moda no tienen secretos para él. ¡Si se pasa el día delante de los escaparates hasta que las elegantes vendedoras le azuzan a los guardias de seguridad! Cuando camina por la calle sólo se fija en las mujeres, con delicada atención, y todo lo demás le importa un bledo.

Leyó la Torah en su día y se sabe la Biblia de memoria, pero nada despierta más su interés que la ropa que eligen las mujeres para ofrecerse como hermosas.